El poder del amor

Carmen Calli

♦♦♦

Contemplo a mis hijas. Depositarias de mis más caros anhelos y cariños a sus esplendorosos 18 y 20 años.

La más pequeña se ha teñido el cabello contrariando la voluntad de su padre. Las amo con todo mi corazón y por ellas soy capaz de hacer frente a su carácter de macho absoluto y feudal. Quiero que tengan todas las ventajas y facilidades de las que yo he carecido.

Tiemblo sólo de pensar que alguien a quien amen sea capaz de, "en nombre del amor", cometer los más viles atropellos a su dignidad.

En nombre del amor. Que bajo ese lema sea capaz de no permitir siquiera la defensa de mis principios, arrasados y vituperados por una irascible, obsoleta e ignorante mujer que es mi cuñada; cuya rúbrica: "pues sí, como dijera mi madrecita que en gloria esté, come frijoles y eructa pollo", pone convenientemente para ella, claro, punto final a cualquier situación que amenace con salírsele de control.

En nombre del amor. Me concede permiso de que trabaje, al fin que me sobra mucho tiempo y así aporto dinero a esta casa para ayudar a su manutención. Pero por ningún motivo se me permite convivir con mis compañeros de labores, esas confiancitas no le gustan a mi señor: no vayan a pensar que soy una casada sin respeto.

En nombre del amor. Él corre sus parrandas dos o tres veces por semana y siempre llega a cumplir a la casa, pero eso sí: aunque sean las dos o tres de la mañana levanta a su mujer para que le sirva la cena (que para eso estoy).

En nombre del amor. Sus amigos se van a festejar y han organizado un viaje a Cancún. Él va sin problema alguno, porque yo soy tan comprensiva que no digo nada. Ya me dijo que si Diosito nos socorre (léase: tengo que ahorrar más), a su regreso me va a tocar ahora sí, pues no conozco playa alguna.

Porque lo quiero taaaanto, yo, su mujercita, no soy capaz de contrariarlo ni con el pensamiento, y puede disponer como mejor le convenga a sus intereses, y sobre todo para salvaguardar su honor, de mi persona y opinión.

En nombre del amor. Después del trabajo llego a hacerme cargo de las niñas y de la casa como corresponde a toda buena ama de casa. Qué esperanzas de que el gor-

♦♦♦

do vaya a ponerse alguna ropa que yo no haya planchado, mucho menos de que él coma sin que yo personalmente sirva (claro, con sus muy honrosas excepciones: cuando anda de parranda).

♦♦♦

En cierta ocasión tuve la osadía de salir de mi casa sin pedir permiso. Me dirigí a la tumba de mi madre, abordé un taxi y en las manos llevaba una canasta con flores. En el trayecto el chofer frenó en forma violenta al atravesar la calle descuidadamente un peatón. Sin poder meter las manos siquiera, salí disparada hacia adelante, estrellando mi cara contra el asiento del conductor.

Consecuencia: fractura de tabique nasal, la cual tuve que justificar diciendo que en las labores del hogar me había acontecido (por salirme sin permiso.)

♦♦♦

Mis obligaciones empiezan, todos los días, a las seis de la mañana. No puedo enfermarme, no sería responsable de mi parte. Repartido mi tiempo entre mis hijas, mi marido, mi casa y mi trabajo no tengo tiempo para mí. Eso es para las frívolas.

Debo estar siempre atenta y disponible. Llegada la noche, cuando el amo desee usarme (me disculpo por el término, pero así es), debo lucir fresca y dispuesta, porque al menor gesto de cansancio escupiría: "¡Qué la fregada! ¡Te vas a arrepentir! ¡Seguro que ya tienes otro y a mí, antes que cuernos, cárcel!"

Tengo que mejorar mi forma de cocinar para tranquilidad de mi marido y la de toda mi familia. Ayer, por un descuido involuntario, se me olvidó agregar un ingrediente al tatemado y por poco mi nariz se fractura de nuevo. En un arranque de cólera, al probar el guisado, el ogro me arrojó el plato con todo y comida a la cara, diciendo: "No le llegas ni a los talones al tatemado de mi madrecita".

...Por favor, Dios mío, perdóname, pero ahí es donde quiero que esté, con su madre y todos sus difuntitos y yo tan contenta.

♦♦♦

Fue aniversario de bodas de uno de sus hermanos y lo celebraron a todo lujo. Fuimos invitados todos los parientes y amigos.

Transportamos nuestras mejores galas y caras al lugar de la reunión, no vaya a decir su parentela que a él no le ha ido bien.

Tengo que aguantar las pullas e indirectas de las mujeres del clan, pues es la única forma que saben de comunicarse, sacando a relucir las miserias y sinsabores de unas y otras, con el afán de menospreciarlas y así ocultar la envidia que sienten por los triunfos de los demás.

Parece ser que mi familia política es la única que puede, apropiada y justificadamente, dar rienda suelta a su dolor.

Después de una penosa enfermedad sobrevino la muerte de mi hermano. Estábamos todos reunidos en torno a sus restos mortales cuando su viuda empezó a llorar con gritos desgarradores. Inmediatamente, mi odiosa cuñada se puso de pie y me dijo: voy a salir un rato, no soporto estas escenitas.

Secreto a voces de todos sus conocidos es que, cuando mi suegro murió, todas mis cuñadas e hijas armaron un sainete que fue la comidilla en reuniones posteriores. Gritos en la iglesia y desmayos al por mayor con las previsiones del caso (que hubiera alguien atrás para caer en blandito).

A la semana siguiente del sepelio andaban en todas las fiestas de sus allegados y del mejor humor (lágrimas de cocodrilo).

♦♦♦

Hace algunos días recordé con nostalgia a mis padres, sencillos, trabajadores y de una sola pieza.

Don Daniel era la forma con que a mi padre le gustaba ser llamado. Hombre de campo, curtido, moreno y de espaldas anchas. Hombre de una sola palabra, nacido en época y tierra donde no era macho quien no imponía su ley.

Acostumbrado a responder a la menor provocación, erguido, orgulloso; no inclinado a mostrar afecto porque para él era sig-

♦♦♦

no de debilidad. Así le habían enseñado sus mayores y así debía seguir él.

Amigable y leal con sus conocidos, pero inflexible con su familia y sin dar lugar a réplica alguna, hacía cumplir su palabra de dueño absoluto.

Cuando me presentaron a mi marido, y durante nuestro noviazgo, busqué y creí encontrar dentro del limitado panorama que se me ofrecía las cualidades de mi padre. Idealizado al máximo por mi inexperiencia y juventud y porque era el único modelo de hombre que yo conocía.

Mi madre, que vivía en carne propia los efectos de la rígida conducción de mi padre para con su familia, y pocas veces intermediaria, no tuvo el suficiente valor para aclarar nuestra visión paternal y decirnos que estaba negándonos el derecho a decidir sobre nuestro futuro, de luchar por conseguir nuestras metas y ser felices.

Ella, acostumbrada a siglos y siglos de sometimiento, justificaba cualquier exceso de mi padre con su silencio.

Si por un solo momento su mente se hubiera abierto a la razón y no a la costumbre, visualizaría las oportunidades que estaba negando a sus hijos, y estoy segura que aún con todo el temor y respeto que don Daniel le inspiraba, lo habría encarado, no con ánimos de pelea —ella no fue criada para poner en entredicho las órdenes de su esposo— sino cumpliendo una parte de la responsabilidad que adquirió con cada uno de sus hijos al darnos la vida.

Dentro del nivel social al que mi familia pertenecía, mientras más mujeriego, parrandero y guapo era el pretendiente en ciernes, mayor mérito y prestigio ganaba la que lograba atraparlo. Porque de eso se trataba: a ver quién lo exhibía primero como trofeo.

Y si lograba pescarlo con todo y papeles, mejor. El premio mayor se consideraba, si aparte de tales requisitos, tenía posición económica holgada.

No importaba si el susodicho carecía de buenos modales, preparación y valores morales propios. ...Qué le hace, al fin y al cabo ya casados, será otra cosa. ¡En efecto! Ya casados era otra cosa...

Porque siempre mantenían a sus mujeres como la escopeta: "detrás de la puerta y cargada".

Descuidada, maltratada, sin apoyo familiar (tú quisiste casarte y ya eres harina de otro costal), la esposa tenía que aguantar la humillación de saber, por medio de chismes de las vecinas —que con el manido lema "es que te aprecio mucho y me da coraje lo que te hace"—, los pormenores de los galanteos de su marido a otras mujeres, más jóvenes que ella.

Resignada a su suerte, terminaba por aceptar la situación como algo normal; quedándole el recurso a su vez de desempeñar el papel de corre-ve-y-dile, para fastidiarle la vida a la nueva generación de casadas.

Y el círculo se sigue ampliando.

♦♦♦

A últimas fechas he estado muy distraída en el desempeño de mi empleo. Me han llamado del sindicato para decirme que tengo reportes de los jefes. La reunión tuvo lugar en la noche y, entonces sí, como estaba en peligro el ingreso extra que recibe mi dueño, hasta me llevó en su vehículo. Porque también de eso tengo que darle las gracias. Yo trabajo y él administra mi salario.

De no mediar esta situación, bajo amenazas veladas y malos modos, hubiese tenido que ingeniármelas, como siempre para llegar a mi destino.

¡Dios mío! ¡Dame fuerzas! ¡Cómo lo detesto!

¡Desprecio las maneras finas con que se muestra en público, el tono meloso y adulador de su voz, cuando en realidad yo sé que es un patán!

♦♦♦

Enciendo un cigarro y fumo con fruición. Estoy encerrada en el baño pestilente, percudido y pequeño de la oficina. No puedo fumar a la vista de todos mis compañeros, no es propio de una señora casada.

Puedo relajarme y divagar a gusto mirando cómo evoluciona el humo del cigarro. Concentro mi mirada en su trayectoria.

♦♦♦

De pronto, este minúsculo cubículo se llena de luz, de aromas agradables, de risas infantiles.

He vuelto a mi infancia. Al salón de clases. Es hora del recreo, todos salimos atropellándonos unos a otros; a jugar, a cuchichear lo que nos sucedió el día anterior; a aprender y tratar de comprender las actitudes de los adultos enfocados con nuestra visión infantil.

Las muchachas mayores del grupo, y por consiguiente las más audaces, nos relatan sus incursiones con los jóvenes, todas tras el más guapo. Él, conocedor de su ventaja se deja cortejar por todas.

Es casi hora de regresar a los salones. Un compañero de tercer año de primaria en una de sus travesuras ha roto la rama del árbol de primavera que está en el centro del patio.

La madre superiora, como castigo, le ha dicho que se va a quedar bajo el sol sosteniendo la rama hasta que ésta suelde de nuevo. Como si esto fuera posible. Pobre Alberto.

♦♦♦

Hoy sucedió en la oficina un incidente sumamente penoso, que me convence más de la capacidad de fingir del género humano.

Hace tiempo, aproximadamente unos seis u ocho meses, apareció en esta secretaría una joven alta, delgada, morena, guapa y embarazada.

Llegó a pedir trabajo dirigiéndose a todas nosotras. Como es natural en estos casos, la solidaridad entre mujeres afloró. Todas sabíamos que en esas condiciones no iba a conseguir empleo y más si no estaba capacitada, como luego notamos.

Su forma de hablar y su comportamiento eran de lo más rústico. Nos contó que estaba viviendo con una tía porque la habían corrido de su casa al dar su mal paso; que necesitaba trabajar de lo que fuera, porque si no llevaba para el "rancho" la iban a echar a la calle.

Sin perder esperanzas, continuó visitándonos, rogándonos que la ayudáramos "por nuestra mamacita".

Todas las veces terminábamos haciendo una colecta para ella hasta que nació su criatura, siendo motivo de fiesta cuando la llevó a la oficina para que la conociéramos.

Siempre tenía necesidades nuevas que cubrir y el dinero recabado era cada vez más escaso.

En una ocasión, ante la imposibilidad de reunir entre nosotras los fondos necesarios, recurrimos al jefe, y apelando a sus buenos sentimientos, lo convencimos de que conociera a quien considerábamos casi como parte de nuestra familia.

La presencia del jefe imponía de tal forma que todas nos sentíamos perturbadas y nerviosas, sin saber dónde poner las manos. Llamaba la atención de que en el departamento a su cargo sólo hubiera colaboradoras mujeres y cuya edad promediaba los treinta. Siempre estaba atento, con la sonrisa a flor de piel; tan puntual y amable. Dejaba a su paso una estela de perfume que todas aspirábamos con verdadero deleite.

Con su conocida atención y paciencia, accedió a acompañarnos. Al momento de ver a la joven palideció intensamente, su cara se contrajo con tal furia y desagrado como si hubiese visto algo repulsivo y amenazante y, sin más, dio media vuelta dejándonos con un palmo de narices y el consabido aroma a su paso.

La joven, bañada en llanto, lo miró a él y luego al grupo que contemplábamos todo sin saber qué hacer. Entre hipos y sollozos logró contarnos que él, nuestro bien admirado jefe, era el padre de su criatura; que lo había conocido en una de las giras de trabajo del susodicho a su apartada comunidad.

Que ella, en su calidad de flor más bella del ejido, había sido comisionada para sentarse a su lado y acompañarlo en todo momento.

Que con el pretexto de seguir el desarrollo de los programas implantados, la había cortejado y seducido y que una vez logrados sus viles propósitos, se esfumó como por arte de magia. El destino o la casualidad la trajo a esta oficina, puesto que ni siquiera cursó la totalidad de la primaria y

♦♦♦

desconocía el nombre del jefe, llamándolo siempre "el ingeñero".

¡Dios mío!... ¡No puede ser!

♦♦♦

Mi niña, mi pequeña amada se ha marchado de casa. Su padre, con toda prepotencia y abuso de autoridad, la ha echado porque no quiso acatar sus órdenes.

—¡Mis hijas no van a parecer pirujas! —chilló—. ¡Nomás eso me faltaba! Haces lo que digo o ya vas viendo para dónde apuntas, porque no voy a tolerar que me faltes al respeto. Y ahoritita mismo.

Mi hija dirige su mirada hacia mí y con los ojos nublados por el llanto y la voz cortada contestó:

—Sí, me voy, no quiero ser nulificada de tal forma que después no sea capaz de estornudar sin tu permiso. No te preocupes madre, tendrás noticias mías pronto.

Siento que me estoy desgarrando internamente. No he tenido noticias de mi niña en estos tres días interminables. Mi marido nos ha prohibido preguntar o decir nada acerca de ella. Para él está muerta.

Mi otra hija y yo lloramos a escondidas en su recámara. Y el ogro como si nada. Maldito ególatra. Mi Dios me ha abandonado... Me manda esta pena tan grande como si no fuera suficiente con lo que ya cargo. Siento que me ahogo... Me voy a morir.

Necesito saber por dónde camina mi pequeña, si come a sus horas, con qué se viste, quién la mira; si está a salvo de cualquier peligro. No puedo más... Agonizo lentamente, ni siquiera la compañía de mi otra niña puede animarme. Es injusto para ella porque también la extraña.

♦♦♦

—Hoy fue a la oficina la hija de mi compadre Julio —a manera de saludo anuncia mi marido—. Vieras qué guapa se veía. Adelgazó y se cambió el color del pelo. ¡Chula que estaba la muchachita!

Sentí un golpe seco en la nuca... no lo podía creer. ¿Había corrido a la niña de la casa (su hija, su casa), por un hecho que en otra persona era considerado como una cualidad, como algo digno de ser reconocido, como signo de superación?

¡Maldito mil y mil veces! ¿Cómo puede hacernos esto y seguir viviendo tan feliz? No somos nada para él. No merecemos nada que su inmenso egoísmo no nos otorgue. No nos considera en lo más mínimo como personas, como seres humanos.

Sus hijas, carne de su carne, y yo, su compañera, a la que juró amar y respetar por siempre.

¡Infeliz! ¡Patán! ¡Lambiscón! Y más y más que me viene a la mente en tropel y no puedo ordenar y pensar tantos insultos, pero deseo con toda mi alma, en este momento, verlo muerto de la forma más cruel. Eso sería un justo pago a sus afrentas.

...¿Por qué? ...¿Por qué Dios mío?...

♦♦♦

Por fin, rompiendo todas las reglas dictadas por los machos y exponiéndonos, tanto mis hijas como yo a las iras y chismes de todos los parientes, y a ser considerada como una mujer desvergonzada, sin respeto ni honra, he dejado, acompañada de mi niña y mis recuerdos, la considerada hasta hoy "casa familiar".

He reunido el valor suficiente para abrirles paso a mis hijas por otro camino por el hasta ahora conocido. Una senda despejada de atavismos, coacciones e ignorancia, que al irla recorriendo las transforme en seres libres de pensamiento, acción y obra.

Estoy plenamente consciente de toda la ira que mi decisión va a ocasionar. Quiero que todo por lo que he pasado no sea en vano.

...Tanto dolor y desilusión... El tiempo perdido creyendo que era importante para alguien más además de mis hijas en esa casa.

...He sido devaluada como mujer... ¡Pero a cambio me he fortalecido como madre!

Hemos recibido la noticia, por medio de unos pocos amigos leales, de que mi marido prácticamente anda echando espuma

♦♦♦

por la boca, que nos maldice y jura vengarse cada vez que alguien le saca a relucir el tema, que: "No ha nacido la mujer que le quiera ver la cara de pendejo y se vaya tan tranquila".

Me mortifica por momentos, pero se me olvida y sigo tan relajada, libre física y moralmente. No sé cómo no pude dejarlo antes. Mi otra niña, sin demora, se ha mudado con nosotras.

En nuestro tiempo libre gozamos de las distracciones tan simples para los demás, pero que a nosotras nos fueron negadas, como el paseo vespertino por el parque, sentadas en las bancas, disfrutando de una nieve y viendo pasar la gente.

Pensar que algo tan común pueda proporcionarnos tanta alegría y paz. Somos tan felices... Le agradezco todos los días al Señor por tanta dicha y me arrepiento sinceramente de todas las blasfemias que le dije en mis momentos de desesperación.

♦ ♦ ♦

Ay, cada vez más insistentemente nos llegan avisos de que mi ex amo jura y perjura que su venganza está próxima... que ya veremos quién ríe al último...

No creo que se atreva a nada, es un cobarde y hablador de primera. Por no dejar le he pedido a un compañero de labores, sumamente servicial y discreto, que me consiga una pistola con su consabido parque. Ante la sorpresa de mi amigo y a su pregunta de que para qué la quería, le respondí: Hay algunas ratas merodeando por las noches en el jardín. No es nada de cuidado.

Tengo que agradecer a don Daniel que haya hecho diestros a todos sus hijos en el manejo de las armas.

La guardo cuidadosamente a diario debajo de mi almohada, copiando las series televisivas.

Aunque creo que de poco me va a servir porque aun teniéndole tanto rencor no me creo capaz de usarla en contra de él... En fin...

♦ ♦ ♦

Hoy se me ha hecho un poco más tarde en la oficina. Sin presión, estoy siendo mucho más eficiente, con el grato resultado de que me ascendieron de puesto.

Llego a mi casa y me extraña encontrar las luces de la sala encendidas y la música a todo volumen.

Instintivamente observo a lo largo de la calle y veo, casi al terminar la cuadra, el carro de Rafael...

El corazón se me salta del pecho, y no sé cómo, pero en un instante me encuentro adentro de mi hogar.

...¡Y lo veo a él, asqueroso gordo, sentado en la sala, borracho, acompañado de dos gorilas que están manoseando a mis hijas con su beneplácito!

Las niñas tienen la cara enrojecida de llorar, me miran lastimeramente pero no pronuncian una sola queja.

El marrano se para tambaleándose, con una grotesca cara de satisfacción y me dice:

—Después de que yo te *use* te voy a entregar a mis amigos y tus hijas lo van a presenciar, para que aprendan que de mí nadie se burla.

Tira un manotazo que esquivo, corro alrededor de la sala y de pronto corro a la recámara. Ahí me alcanza el gordo escupiendo:

—Me facilitaste las cosas, te voy a dar para que entiendas.

Trata de abrazarme. Retrocedo. Tropiezo con la cama y, heme aquí, a su merced.

De pronto, como una visión fugaz, recuerdo el revólver, estiro la mano debajo de la almohada y no lo encuentro. Siento su fétido aliento sobre mi cara, su grosero manoseo tratando de arrancarme la falda y, entre giros y estirones alcanzo nuevamente a meter la mano debajo de la almohada... Y ahí está... Con un esfuerzo sobrehumano logro zafarme de sus garras y le grito: ¡Lárgate de esta casa, que sea la última vez que te veo cerca de nosotras, porque si no... no respondo!

El maldito se levanta, se sonríe imbécilmente y me dice:

♦♦♦

—¿Con esa pinche pistolita piensas asustarme? Uy sí, tarada, sólo me vas a hacer cosquillas y además no tienes el valor de disparar, como si no te conociera...

Avanza hacia mí, me paralizo de miedo, pero de pronto vienen a mi mente la imagen de mis hijas, llorosas, ultrajadas...¡

Y disparo! Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Sigo amartillando y nada, ni una maldita bala.

Todas se las he puesto en su odiada cara y su panza de marrano. Creyó que iba a permitir tal afrenta a mis hijas...

No... Ni una más... Desde ahora y por siempre, mis hijas van a ser felices... ¡A costa de lo que sea!

Lleno el cargador de nuevo y me dirijo a la sala...♦



